

EL SECRETO DEL COFRE

CECILIA COLÓN H.*

A Uriel, por ser como eres.

“¡P

ase! ¡Pase! ¡No se quede sin ver el espectáculo más grande, más maravilloso del mundo y sus alrededores! ¡Lo nunca visto podrá verlo ahora, aquí, en el circo más importante del mundo: el circo de los Hermanos Sánchez García, famosos en todas las latitudes terrenales! ¡Niños, vengan a ver la enorme variedad de animales que tenemos: nuestro famosísimo tigre de Bengala albino, el gorila más fuerte y el elefante más viejo del mundo! ¡También tenemos changos amaestrados, perros que bailan la polca y una cobra, traída directamente desde la India, hallada en un templo sagrado y que hipnotiza a toda la concurrencia ella sola! ¡Y nuestra gran atracción: la única sirena que existe sobre la Tierra! ¡Niños, no dejen de verla, escuchen la triste tragedia de su vida, el motivo por el que no tiene piernas, sino una impresionante cola de pescado! ¡Vengan! ¡Pasen! ¡No se queden con las ganas! ¡No se pierdan esta oportunidad única en su vida!”

La gente se juntaba con curiosidad alrededor del gritón para oírlo y observar su vistoso atuendo de colores brillantes. Luego, compraban los boletos y entraban para corroborar todo lo que él decía. Efectivamente, era un circo muy grande, lleno de payasos, trapeceistas y animales. Pero lo que más llamaba la atención, sin duda, era la sirena. Todos querían verla, escucharla,

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

tocar su enorme y lustrosa cola. Verificar que era de verdad y no un truco barato como el del circo anterior, que presumía de tener al fenómeno más raro del mundo: el niño-tarántula, sólo que si uno se acercaba lo suficiente a la jaula de vidrio, se daba cuenta de que, por medio de espejos y una araña de plástico y peluche, se creaba la ilusión del niño-tarántula.

—¡Pobre chamaco! —decía la gente que descubría el truco (que eran todos). —Se ha de cansar de prestar la cara nomás para que uno lo vea, ¿verdad?

Sin embargo, esta vez era diferente, la sirena estaba allí, de carne y hueso, metida en una gigantesca pecera de vidrio, el larguísimo cabello castaño ondulaba constantemente en el agua, movía su cola con gracia y en su mirada se podían leer muchos sentimientos.

En cuanto la gente llenaba las sucias y desvencijadas bancas de madera, ya despintadas por el uso, se cerraba la cortina de la pequeña carpa y un hombre hablaba.

—¡Guarden silencio por respeto a nuestra sirena! Considérenla como el ejemplo de lo que no deben hacer, so pena de quedar como ella, niños. ¡Pongan mucha atención!

Aquella muchacha de grandes ojos tristes miraba a toda la concurrencia, mientras un gastado disco tocaba una vieja y desafinada melodía. Ella daba una vuelta en la pecera ante el asombro general. De pronto, el hombre que estaba allí, detenía la música para empezar un diálogo muy gastado a fuerza de repetirlo incansablemente todas las tardes.

—A ver, díganos ¿cómo era usted?

—Yo era una niña normal que podía caminar, correr y brincar.

—¿Y qué le pasó?

—Una noche, mis padres no me dejaron ir a una fiesta y yo me salí de casa sin su permiso.

—¿Y qué le ocurrió después?

—Cuando venía de regreso a mi casa, en la madrugada, me caí en la calle porque mis piernas se convirtieron en cola de pescado y ya no pude caminar.

—¿Y qué hizo?

—Me dio mucha vergüenza que mis padres me vieran así y me vine a trabajar a este circo.

—¿Qué les aconseja a los niños que la vinieron a ver?

—Que nunca sean groseros ni desobedientes con sus papás porque les puede pasar lo mismo que a mí.

Al terminar el diálogo, el hombre se volvía al público, sobre todo a los niños, quienes lo miraban muy callados y expectantes ante la historia de la sirena.

—Ya lo ven, amiguitos, aquí está la prueba de que el ser desobediente, contestón y majadero no conduce a nada bueno. Obedezcan a sus papás para que no les pase lo mismo que a nuestra sirena.

La perorata de consejos terminó nuevamente con música para que la sirena bailara y cantara. Acabó el número y, después de un fuerte aplauso general, todos salieron. Los niños se sentían asustados ante la posibilidad de terminar igual que aquella muchacha, mientras los padres continuaban la larguísima cadena de consejos y frases persuasivas que empezara el hombre de la carpa.

* * *

La noche se tendió sobre el circo en medio de un murmullo que poco a poco se fue apagando junto con las luces de las carpas y los camiones que servían de camerino-casa.

La madrugada sorprendió a una pequeña luz que, tímidamente, se negaba a desaparecer. Provenía de la carpa de la sirena. Todo el silencio se concentraba allí, en la pecera. Sentada sobre la arena del fondo, la muchacha-sirena miraba la noche a través de una enorme rendija de la carpa. Las estrellas brillaban, se movían, parecían bailar un baile inacabable. Sí, esta noche era exactamente igual que aquella. Idéntica a la noche en que ella bailó y bailó, daba vueltas por todo el salón con aquellas zapatillas doradas, del brazo de un muchacho, de otro, de todos los

que la sacaron a bailar. Se reía de la mentira que todas las tardes tenía que repetir, de la supuesta desobediencia y el falso castigo. Sólo ella sabía la verdad, sólo ella conocía el secreto de su transformación y el misterio del cofre. Y, otra vez, como todas las noches en que parecía que el cielo se caería por el peso de tanta estrella, acarició el cofre, a pesar de todo, lo quería, era el único lazo que le quedaba con su vida anterior, con su vida normal, la que le fue arrebatada por un capricho, por una ambición. Lo abrió delicadamente y observó, con lágrimas en los ojos, las zapatillas doradas, más brillantes y bellas, más cautivadoras que nunca, sólo que, ¿dónde podría ponérselas? No tenía pies, no podía bailar.

“Quien las use podrá bailar todo el día, toda la noche, hasta el amanecer...”, recordó la sirena. Fueron las palabras de aquella mujer. No era una anciana ni una bruja, su aspecto era el de una mujer normal, una vendedora de zapatos común y corriente. En ese momento, no adivinó la intención de sus palabras, no advirtió la malicia de sus ojos. Sirena necesitaba unos zapatos para el baile y esa mujer le ofrecía exactamente los que estaba buscando. Se los probó, eran de su número, el último par, los que el zapatero hizo con más amor, le había dicho la vendedora. Era cierto, ella lo notó, sólo así se explicaba que le hubieran quedado tan bien desde el primer instante. Caminó con ellos un poco, era como si toda su vida los hubiera usado. También el empaque era especial: un cofre dorado de metal, digno lugar para guardar unos zapatos tan bonitos y tan especiales.

La noche del baile, Sirena llegó al salón y, desde ese momento no paró, no hubo descanso para sus enormes deseos de bailar por toda la pista. La gente la miraba bailar sin descanso ni fatiga. El amanecer parpadeaba y Sirena seguía bailando en el jardín, sola, nadie pudo seguirle el paso. Los primeros rayos del sol bañaban su cuerpo cuando sintió que las piernas no la sostenían. “¿Qué me pasa?”, se preguntó asustada. Se miró y vio aquella metamorfosis en sus extremidades: se unían para formar una cola de pescado. Ella gritó angustiada, pero nadie la

oía. Fue cuando recordó nuevamente las palabras de la vendedora, las que no pudo entender por la emoción de probarse las zapatillas nuevas: “Quien las use podrá bailar todo el día, toda la noche, hasta el amanecer, hasta que se te deshagan los pies”.

* * *

Sirena cerró el cofre al mismo tiempo que sus recuerdos. Nadie volvería a usar esas zapatillas, se lo había jurado a sí misma y lo cumpliría. El sol emergió suavemente en el horizonte, mientras ella cerraba los ojos. Todavía faltaba mucho para representar la farsa de todas las tardes.